PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1920. Núm. XXV.—Año III.

Significado moral de la ley de evolución

Para el doctor Alberto Brignole.

Yves Delage no supo hallar la fórmula moral de la ley de Evolución biológica En el capítulo de Conclusiones con que termina su hermoso libro sobre las teorías de la Evolución, intenta refutar las tendencias individualistas de ciertos darwinianos que aplican mal los hechos biológicos a la moral de los hombres.

Para hacerlo, en lugar de analizar los hechos y desentrañar su filosofía, reedita frases sentimentales de los evolucionistas más eminentes en pro de la simpatía y la solidaridad humanas.

Pero en ciencia es inútil apelar a opiniones personales. De ahí que las ideas fraternales de Delage se estrellen contra otras opiniones contrarias, de escritores que también esgrimen en su favor ideas individualistas de evolucionistas eminentes. ¿No fué Le Dantec quien escribió, en un profundo estudio sobre el Egoísmo, que el pacifismo con que sueñan los hombres de nobles sentimientos no será más que una hábil disimulación de celos y odios, hecha por una culta hipocresía?...

Sin embargo, de los principios fundamentales de la

Evolución se desprende una moral sana y solidarista, formidable de optimismo y de perfectibilidad. Nosotros nos atrevemos a darle una fórmula concreta, cansados de ver el abuso o la deformación que se hace de las leyes naturales traducidas a frases hechas.

***

Se sabe que las doctrinas evolucionistas consisten fundamentalmente en demostrar que las especies vivientes o que han vivido derivan unas de otras, en escalonamiento sucesivo y gradual, yendo de lo más simple a lo más complejo, desde el primer protofito o vegetal de una sola célula, hasta el metazoario más completo que se conoce, este afortunado hijo de orangután que es el Hombre.

El mecanismo maravilloso de esa evolución lo describe, también en lo fundamental, la doctrina de Lamark completada por Darwin. Lamark, partiendo de que la vida es una combinación armónica de organismo y medio, sostiene que las variaciones del medio ambiente plantean a los organismos existentes en una época nuevas necesidades, a que éstos se adaptan con nuevos actos, y que estos nuevos actos crean nuevas formas orgánicas, que son precisamente nuevas especies. Así, el progreso de los organismos está escalonado, desde la variación del medio a la del organismo, por el ejercicio suficientemente continuado de las funciones de adaptación. Esta interpretación genial de Lamark halló su complemento en las narraciones de Darwin sobre selección natural y supervivencia del mejor adaptado. De manera que el mecanismo biológico de la Evolución cabe todo en el binomio: "adaptación de los organismos al medio con desaparición de los que no se adapten."

Pero esa fórmula no contiene más que uno de los

factores físico-químicos de la vida: el equilibrio del organismo y su medio exterior. Hay otro factor, secundario biológicamente, pero decisivo "sentimentalmente", y es el equilibrio físico-químico del propio organismo, el equilibrio interno del individuo, animal o vegetal. Este segundo factor es precisamente el que exige la adaptación al medio, porque la conducta total o externa del organismo no es más que la ejecución de las exigencias del equilibrio interno del mismo organismo, simple o complejo.

Este mismo equilibrio del medio interno de los organismos pone límite a los actos. En efecto, compensado el desequilibrio, todo lo que se haga en exceso vuelve a hacer sufrir: sea alimento, sea ejercicio (en este caso "por fatiga"). De manera que si el placer es un incentivo natural para repetir ciertos actos, el dolor es el elemento natural para mantenerlo dentro del límite exigido por las leyes del equilibrio.

De la ley general de evolución, completada por la noción del equilibrio físico-químico de la materia viva, surge un concepto más restringido de la supervivencia del más apto: los organismos que sobreviven son aquellos que mantienen las condiciones físico-químicas de su equilibrio celular con los materiales que les ofrece el medio en que viven.

El teatro de la lucha por la vida no cambia decoraciones, pero transporta su escenario a los bastidores...

Esta ley se cumple pasivamente en vegetales y en animales, y aquellos organismos que, cambiando el ambiente, no cambian correlativamente, desaparecen sin apelación: adaptarse o morir, es el lema implacable de la madre Naturaleza. Pero si la ley biológica es la misma, los métodos de adaptación son diferentes. El vegetal, falto de movimiento, sucumbe en su sitio cuando las condiciones del medio que le dió materiales nu-

tritivos se apartan demasiado de la norma antigua. Los animales *luchan* a favor de dos elementos poderosos: la sensibilidad y el movimiento. La sensibilidad es una campana que toca a alarma cada vez que hay un desequilibrio interno, y el movimiento permite huir a los ambientes que permitan restablecer la condición alterada. La emigración de las golondrinas en pos del eterno verano, es un símil poético de cómo restablecen el equilibrio térmico con el medio los organismos sensibles.

Este factor sensibilidad es un maravilloso instrumento para conocer. Traduciendo fielmente las oscilaciones del equilibrio interior, el organismo sensible conoce lo que lo favorece o lo que lo perjudica, auxiliado por la memoria de los estados pasados. Sensibilidad que *diferencia* estados favorables o desfavorables, memoria que fija las condiciones de estos estados y movimientos que hacen cesar los estados desfavorables, constituyen al sumarse armoniosamente la función *inteligencia*, que permite a los organismos sensibles asimilar el pasado para prever el porvenir, según el clásico concepto de Romanes.

Pero la sensibilidad no es más que la campana de alarma o de advertencia: ella suena cuando hay un desequilibrio no compensado en el propio organismo, y el ser sensible atiende el llamado *porque ese desequilibrio lo hace sufrir*. Llegamos así al verdadero agente coercitivo de la Evolución: *el Dolor*.

El Dolor es, pues, el instrumento psíquico de la evolución en los organismos sensibles. ¡No podría serlo también de la Moral!...

Se habla a menudo de morales libres cuando se quiere señalar el ideal de la conducta humana. En realidad, no concebimos que los pensadores cultos, conociendo las exigencias de la ley universal del equilibrio,

que podría representarse por un binomio armonioso (A + B), (Le Dantec escribe A × B) — o sea, que todo cuerpo es una suma de energías complementarias que se compensan, — no concebimos cómo puedan hablar de libertad sin evocar el límite indispensable a todo equilibrio. Por eso hemos dicho en otro lugar (1), que la Moral libre es la moral del límite espontáneo. En las relaciones del ser viviente con las leyes naturales, la libertad *que no es moral* (permítasenos la expresión), es decir, que no se limita a la esfera de su equilibrio, tiene una sanción, que no es otra que el dolor; pero en las relaciones entre los hombres, cuyas leyes no están copiadas sobre las naturales, la libertad que no es moral no tiene como sanción fatal el dolor: a menudo tiene como premio el placer.

Cuando se quiere aplicar la teoría evolucionista a la sociología o a la moral de los hombres, a menudo se parte de las frases hechas por Darwin: "lucha por la vida" y "selección del más apto" y a su amparo se transforma la Sociología en un escenario romano. Pero se olvida que el Dolor es el instrumento coercitivo de toda la Evolución.

(No se le llama dolor más que en el lenguaje antropológico, pero en la planta también existe, y es el desequilibrio físico-químico no compensado o no restablecido.)

Este elemento Dolor es un instrumento natural, pues. Desdeñarlo en nombre de un superficial darwinismo sería ofender en primer término a Darwin, que si hubiera previsto el uso que de sus doctrinas harían los cerebros débiles no hubiera sido tan pintoresco en su estilo, porque era un hombre honrado.

Volvamos con este instrumento a las aplicaciones so-

(1) [illegible]

ciales del Darwinismo. Si la vida es una lucha perpetua por subsistir, y el triunfo de uno implica la derrota de otro de los luchadores, ¿qué extraño es que haya en el mundo clases afortunadas y clases oprimidas, y en nombre de qué principio me obligan a mí, Individuo, a que me limite?...

Y estos moralistas tendrían razón contra los solidaristas.

Pero he aquí que a los solidaristas se les aparece, más allá de las frases pintorescas y en el fondo de los hechos biológicos, aquel elemento dolor como instrumento de perfectibilidad. Y esgrimiéndolo a su vez como doctrina biológica, dicen: "El equilibrio es una ley que nos obliga al límite; contra la Naturaleza no podemos sublevarnos, porque nos castiga con dolor; contra los animales inferiores podemos luchar, porque son menos fuertes que nosotros; pero contra los hombres no *debemos* luchar, porque *como el hombre oprimido tiene igual capacidad de dañar que el dominante*, en lugar del placer de la victoria tendremos como resultado definitivo un dolor, el que nos producirá el oprimido que luchará a su vez contra nosotros."

Por haber olvidado el Hombre este argumento biológico de los solidaristas, o *por no haberlo hecho con suficiente claridad estos últimos*, el mundo vive ensangrentado desde que hay Historia.

El Amor, la Fraternidad, la Justicia,—son generosas pamplinas de los utopistas. De acuerdo, eminente Le Dantec: pero ¿es otra pamplina la Necesidad, o lo es el Dolor, manejados con la implacabilidad con que los usó la Naturaleza al obligar al Orangután a que adquiriera manos para transformar industrialmente el medio, si no quería morir?...

La "selección del más fuerte" es otra divisa biológica en la senda del Hombre: de acuerdo, señores Darwinistas, pero ¿es menos biológica esta otra frase de acero, "igual capacidad de dañar"?...

* * *

De las consideraciones anteriores se deduce que si hemos de dar intención filosófica al mecanismo más o menos inteligente de las transformaciones evolucionistas de los animales superiores, deberemos concretarnos a la siguiente ley, ajena a toda parcialidad moral o sociológica:

Los organismos sensibles se adaptan a las variaciones del ambiente, como si fueran excitados por la Necesidad, atraídos por el Placer y limitados por el Dolor.

Esa ley natural es ajena a toda finalidad, pero se ofrece a la Sociología como instrumento formidable de perfectibilidad humana. Aplicándola rigurosamente, encontraríamos que ella obligaría a los hombres de hoy a proceder con la misma honradez con que procedieron los primitivos orangutanes con manos, es decir, a transformar el medio si quieren sobrevivir.

Así, bastaría con que los hombres, — convencidos, por las leyes de la Energética, de que nada proviene de la nada y de que las energías que consume el hombre tienen que ser producidas por un esfuerzo o trabajo, — aceptaran espontáneamente imitar a los primeros orangutanes con manos y trabajaran (Moral): o si no, que los que cumplen con ese deber moral rehusaran a los que no lo cumplen las energías que necesitan para completar sus desequilibrios (dolor compulsivo, o Legislación).

Si se ha de calcar la Moral o la Legislación sobre hechos biológicos, no hay que deformar las leyes naturales: si es cierto, por una parte, que el que sobrevive es el más apto, no es menos cierto que *para sobrevivir* el orangután tuvo que ponerse manos y *transformar* el medio.

Esa es la indicación positiva de la selección del más fuerte. Si, por otra parte, es cierto que cuando una especie pone a otra a su servicio aquélla la domina *por ser más fuerte*, no es menos cierto que cuando el dominado *puede sublevarse con éxito* el triunfo del más fuerte no es más que aparente y precario: indicación negativa de la selección del más fuerte.

Un paralítico clavado en un sillón, armado de un revólver, puede abatir a seis boxeadores a diez pasos de distancia: ¿quién es el más fuerte?..

Un modesto plantador de papas que haga huelga de su oficio, porque el placer no compensa la inferioridad de su función social, puede ser más necesario a una sociedad que un pulidor de diamantes o un "rey del automóvil": ¿quién es el más fuerte?...

Y así en la sucesión de casos.

Considerar al hombre como un Robinson en su isla y hacer que cada uno se conquiste el lote de las energías que consume, admitir la división de trabajo que significa la Civilización, reglamentar la acción individualista en lo que concierne a la colaboración social necesaria, y dejar en plena libertad al individuo *cada vez que no reclame la ayuda del grupo en que vive*: esas serían las bases de la Moral o la Sociología evolucionistas, *de la moral científica*.

Y por esa vía entraríamos sin quererlo en la armonía social que, con otras combinaciones gramaticales, sueñan los llamados "utopistas" y ridiculizan los llamados "darwinistas".

Se ve, en definitiva, que para obtener los ideales soñados por los hombres de nobles sentimientos, no es necesario pensar para ángeles dotados de una esencia divina: basta legislar para orangutanes con manos.

SANTÍN CARLOS ROSSI.

PRESENTACIÓN PARA UN LIBRO

Esta que véis aquí, de ojos azules,
Es mujer y hace versos.

Parece inofensiva a simple vista,
Pero estaos atentos...

Cuando este libro vaya a vuestras hijas,
Madres, quemad incienso;

No sea que debajo de esta capa
Suave, de terciopelo,

Lleve una cola larga esta muchacha,
Y un par de cuernos...

LA ESTATUA

A orillas del agua pusieron la estatua,
Entre juncos verdes quizá para que
Procure mirarse, ella que no siente
Y ella que no ve.

Así, junto al agua, yo que veo y siento,
Desearía estarme del tiempo a merced...
Mas lo que yo anhelo la tiene la estatua
Que no puede ver.

La historia es muy vieja: lo que me sucede
A todos los hombres le ha de suceder,
Hasta que cansado se exclama algún día:
... ¡Mejor!... ¿Para qué?...

ALFONSINA STORNI.

FÉMINA

Será muy difícil que en cuatro carillas pueda transcribir el "hecho" que pesa sobre mi corazón, como un eterno remordimiento. Y sin embargo, el "hecho" puede compendiarse en sólo cuatro palabras: "Maté a un hombre".

Hoy llevo luto por él, mis hijos también lo llevan puesto que ese hombre era su padre; he llorado su muerte con lágrimas sinceras de dolor; antes, asistí a su agonía, larga y terrible agonía, sufriendo con él, temblando con él.. y sin embargo, yo le maté... yo, su esposa ..

Nuestro casamiento fué un enlace "de amor", al decir de las gentes, al decir propio, según mis recuerdos de novia. Nos conocimos cuando él recién había recibido el título y ejercía su profesión en un barrio excéntrico. Una enfermedad de mi madre lo llevó a casa; allí nos conocimos; intimamos; fué mi amigo primero, mi novio después, mi marido luego. Era pobre entonces; vivía con escaseces que compartí gustosa y nadie hubiera podido adivinar, ni aún viviendo en nuestro íntimo contacto, que aquel hombre serio y bueno, y esta mujer cariñosa y sumisa, pudieran llevar a cuestas la cruz pesada del desengaño.

A veces quiero investigar en mi pasado y precisar la fecha en la cual se produjo la catástrofe que lo privó de mi amor. No puedo encontrarla. Recorro las

diversas etapas de mi vida de casada; la luna de miel, el nacimiento de mi primer hijo, la enfermedad que me postró durante tres meses, el advenimiento de los otros hijos... y bien, no puedo.

Los únicos jalones que marcan dolorosamente este camino de recuerdos, son sus sufrimientos.

Empezó su suplicio algún tiempo después de habernos casado. He dicho que él era pobre, tanto, que en los primeros meses yo me obstiné en prescindir de ayuda externa para el manejo de la casa. Cuando terminaba sus consultas, yo entraba a su despacho a darle un beso y a llevarle una pequeña refacción. Trabajaba tanto, que a esa hora lo encontraba rendido, agobiado, exhausto. Un día, después de besarlo, cuando mis manos le ofrecían la bandeja donde humeaba el te, él quedóse contemplándome en silencio. Me miraba a los ojos, de una manera penetrante, escudriñadora. Prolongó su mirada largo espacio y vi que sus ojos se humedecían levemente.

—¿Qué tienes? — le dije.

Él, sin responder, tomó la taza y comenzó maquinalmente a mover la cucharilla.

—¿Pasa algo? — insistí.

Bajó la taza sin probar un sorbo y con voz triste, me dijo:

—Algo, en efecto. Ahora, en este instante, al mirarte, he adquirido la certidumbre de algo que sólo era un temor, una sospecha. Tú no me quieres.

Sonreí.

—¿Bromeas?

Mi esposo sonrió también, pero con una triste sonrisa de amargura.

—Tal vez — repuso. — En todo caso será la mía una macabra broma de condenado a quien confirman su sentencia.

Me indigné. ¿Por qué me hablaba así?

—¿Qué te pasa hoy? No comprendo lo que dices. ¿Estás malhumorado?

Me senté en sus rodillas y lo miré a mi vez fijamente. Él soportó la mirada y después de un breve silencio, habló así:

—Escucha, Nelly. Hay en mí una facultad analítica, no sé si adquirida o innata, que me permite extraer de la materia sorprendentes revelaciones. Es mi tormento hoy; antes fué mi orgullo. Pues bien: tus ojos me han revelado inocentemente un secreto que tú guardabas muy adentro; he leído en ellos, he visto que "ya" no me quieres.

—¡Mentira! — protesté. — Acudieron lágrimas a mis ojos y él las secó amorosamente.

—No es mentira — siguió diciendo — Tú no lo sabías, tú no lo sabes bien ahora mismo, pero lo sabrás; la verdad vendrá a ti lentamente o de golpe; ¡quién sabe!: mas llegará el momento en que a solas contigo mismo digas: —¡Es cierto!... ¡es cierto! — Tal vez lo dirás con pena, tal vez con horror, porque eres buena y noble, pero eso no obstará para que el hecho exista. Tú, mi Nelly adorada, no me quieres.

Del fondo de mis lágrimas surgió una risa nerviosa y estridente.

—Eres un loco, eres un mal hombre, eres un... ¡Tonto, no ves que te quiero!...

Lo besé, queriendo poner en un beso todo lo que "debía" haber en mí de amoroso y ardiente y me heló de espanto al notar que mis labios se enfriaban al contacto de los suyos. Entonces tuve miedo de que él notara "aquéllo" que era causa de mi terror y hablé con volubilidad, dije mil tonterías, fragüé historias en las que me enredaba torpemente.

Él oyó todo con calma, con una calma triste y resig-

nada; cuando el flujo de mis palabras cesó y el silencio se hizo pesado y molesto, agregó una vez más con dulzura:

—A pesar de todo cuanto hagas, la verdad es una: tú ya no me quieres.

A veces me pregunto si no habrá sido él, con sus palabras, quien mató en mí el amor. Me aferro a esta idea desesperadamente, porque ella quita a mi crimen algo de su cruel ensañamiento; pero la fría reflexión me replica brutalmente que eso no puede ser verdad. Si yo le hubiera amado "antes", mi propio amor hubiera sostenido su vida y no lo hubiese dejado morir. La verdad es, no puede ser otra, que yo no lo amé jamás. Él, a lo sumo, me puso en presencia del "hecho", pero éste existía, fuera de toda duda. Sin embargo, ¿cómo pude estar a tal punto ciega que no advirtiese tal carencia de pasión antes de casarme? Incomprensible, absurdo... Empero, así debió ser, puesto que mis sentimientos afectivos para con mi marido no sufrieron modificación en ningún momento después de nuestro enlace.

He dicho antes, incomprensible, absurdo: me detengo ahora un instante y recapacito sobre la posibilidad de que yo "no lo hubiese amado nunca". La duda penetra en mí, avanza, gana terreno... Y bien: ¿qué sabía yo del amor antes de casarme?

Cuando pienso en mi inocencia de aquella época, en la ignorancia supina en que viví siempre de las cosas del corazón, llego a admitir como posible lo que antes califiqué de absurdo. Una criatura conservada por milagro en monacal sujeción, ¿puede acaso descifrar con certeza las impresiones primeras de su alma? ¿Sabemos acaso nunca cuándo ha sonado nuestra hora?

Sí, heme aquí convencida ya. No lo amé. Al engañarlo me engañé a mí misma. Basta, pues, de análisis; no investiguemos más; ya todo ha sucedido, nada puede volver de lo pasado; cerremos los ojos al "por qué" y lleguemos al "cómo".

Desde aquella tarde, la tristeza tendió su nube sobre nuestro lago. Las aguas tranquilas de aquello que llamábamos antes felicidad, enturbiáronse bajo la opaca cortina del desengaño, y la vida continuó.

Mi marido no volvió a hablarme más como aquel día; con un valor indomable, continuó su trágica lucha por la vida, sin que lo sostuviera ninguna ilusión, ninguna esperanza, puesto que él sabía que yo no lo amaba. Sin embargo, yo veía, "sentía" su sufrimiento, como si lo hubiera exteriorizado a gritos.

Recuerdo algunas veladas de invierno, pasadas a solas en nuestro pequeño dormitorio, donde ya había una cuna. Él leía o fingía leer; yo cosía. Esa soledad que debiera haber estado llena de encantos, se poblaba de dolores. Mientras mis ojos seguían la aguja fijamente, mi espíritu cerníase sobre su dolor como un pájaro malo sobre un agonizante. Yo adivinaba su sufrimiento, palpaba su angustia, oía sus llantos interiores y aún cuando mi buen deseo me impulsaba a arrojarme sobre él, cubriendo de besos su frente triste, cada vez más pálida, no podía, no, no podía ya hacerlo. A veces sus ojos me seguían; sin mirarlo yo aquilataba lo que él debiera poner en sus miradas, de amor, de angustia, de súplica quizá, y me ordenaba a mí misma: Vuélvete, miéntele, dile que lo adoras... Y no podía...

¿Qué mujer me condenará? Ninguna. Hay en nosotras un pudor del espíritu como hay un pudor de la

carne. Este resignábase a todas las concesiones, aquél me vedaba el fingimiento. Si yo hubiese querido mentir, toda mi sensibilidad se hubiera sublevado, y el engaño resultaría burdo, ineficaz, grotesco. Tres años vivimos así. Multiplicad las horas de tres años por la suma de dolores que el corazón puede sentir en una, e imaginad ahora lo que aquel hombre debió sufrir.

Una noche encerróse en su despacho y yo lo esperé inútilmente largas horas. Cuando fuí en su busca lo encontré sentado, descansando en el escritorio sus brazos y en ellos la cabeza. Lo creí dormido, pero estaba muerto. A su lado había un papel donde leí: "Ya no puedo más; perdóname".

Son las doce de la noche; oigo los pasos de mi marido que vuelve. Ha permanecido fuera de casa desde la hora de la cena, ocupado en una operación delicadísima. Debe llegar rendido. En buena hora; yo lo estoy también. Mientras él bebe su te yo epilogaré este manuscrito con las impresiones que le arranque. Ya está aquí. Me ha besado. Se sienta.

—¿Te has aburrido mucho?

—No, he escrito.

—¿Has escrito? Dame: ¿quieres?

Le alargo las cuartillas y mientras apura su taza, lee. Yo lo observo a hurtadillas. Su entrecejo se frunce; enciende un cigarrillo que luego deja apagar; lee... lee... Ha terminado. He aquí qué habla.

—¿Quieres decirme, querida?...—se detiene y me observa. — ¿Quieres decirme, por qué tú que vives feliz conmigo, muy feliz al parecer, te obstinas en la pintura de escenas como esa, truculentas, sombrías, espeluznantes?

¡Qué serio está! Oculto mi risa volviendo la cara y termino mi escrito así: "Marido mío: cuando una mujer es feliz, muy feliz, acaba por encontrar su felicidad... ¿cómo diremos? monótona, eso es, y entonces, para aguzar la emoción de su dicha, busca, imagina, sueña cosas como ésta, espeluznantes, sombrías, truculentas; se sumerge un instante en la angustia, en el dolor, y al salir de allí, se arroja con ansia nueva en los brazos de quien la espera, aburrido, algo malhumorado... de quien dentro de poco, ya impaciente del todo, va a llegar hasta mi lado, va a darme un beso en la nuca, y..."

MÁXIMO SÁENZ.

SÊCCA NO PAMPA

Si te apraz tracejar este quadro de angustias,
Artista, o esboço, presto, agora, alinha-o e faze-o.
Ha uma extranha afflicção de torturas procustias
Na paizagem que tem a côr de um fulvo prazeo...

Tangidas pelo vento, embora, em braza, aduste-as
O aureo incendio do sol, no firmamento gazeo,
Arvores, como em prèce, amaréllas e mustias,
Extendem para o cèo os braços de topazio..

Méio dia... O soalheiro ardente os campos sécca,—
Emquanto se ouve, ao longe, amarguradamente,
O rouquenho coaxar das rans, pela charnéca...

E o gaucho o coração despedaçado sente
Ouvindo que, a mugir, o gado os céos imprèca,
Sedento, a rodopiar, pela exigua corrente...

PAULO LABARTHE.

Rivera

ALBERDI --- "LAS BASES"

ALBERDI Y SARMIENTO

Juan Bautista Alberdi es uno de los estadistas más originales de la América. Hijo legítimo de los nuevos acontecimientos y nacido en medio de la desorganización, se elevó a la altura de los organizadores y fué, quizá, el espíritu más comprensivo de las necesidades de su época. En "Las Bases" ha expresado Alberdi su más puro ideal y en Alberdi ha expresado el pensamiento americano su verdad más sincera. Mientras los escritores sujetos aún al influjo de la acción revolucionaria de la independencia, llenaban de improperios lo que se relacionaba con la Europa y olvidaban a la madre natural de su cultura, el austero pensador restablece la verdad histórica y da la nota más alta y acertada de la gratitud filial en provecho de la gran causa americana.

Obedeció así a la ley ineludible de la reacción con carácter dilatorio, antes que la filosofía del tiempo edificara sobre los sedimentos de la violencia.

Alberdi fué un vidente y toda su obra está construída sin esfuerzos dolorosos. Sea o no original, es el comentarista más ideológico y más fuerte del desarrollo político y social de la América. Si su obra interna es contradictoria, es una la internacional, una e indivisi-

ble. Nadie, entre sus contemporáneos, calzó tan alto como él los puntos de las nuevas vistas; y tuvo su hora de predestinado impecable. Procedió por acumulación de apotegmas. Así, en el estudio de la acción civilizadora de la Europa en las Repúblicas sudamericanas, da un golpe de muerte al concepto indígena y realza la civilización europea en todo su esplendor. "Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo." "La América misma es un descubrimiento europeo." "Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera." Pasa en revista el lenguaje, la religión, el traje, las leyes, el régimen administrativo en hacienda, impuestos, la ciencia, las universidades, los libros, toda la acción incesante del cerebro y de la industria para justificar en forma de sentencia inapelable que estas Repúblicas "son el producto y el testimonio vivo de la acción de la Europa con América."

Realiza una construcción local perfectamente definida que responde a las necesidades del mundo político naciente sin desmedro del pilar del viejo mundo. Tuvo el valor de negar el chauvinismo y de afirmar el concepto de la veracidad que no halaga jamás al falso e inútil patriotismo. Fué uno de los primeros americanistas de convicción, sin preconceptos y sin sectarismos. Combatió de la Europa lo que creyó absolutamente necesario, realizando una campaña de perfeccionamiento semejante a la que produce el esfuerzo renovador de la nueva generación sobre la antigua y que no por imperceptible deja de ser noblemente sincero y entusiasta. En este punto, su lógica tiene escasos imitadores.

Pocos escritores del continente poseen, como él, la fluidez serena, clara y sencilla de sus razonamientos.

Sin quererlo, tal vez, es creador, y tanto por la viveza de su polémica como por la fuerza de expresión de sus ideas que son exclusivamente experimentales, toca los lindes del vigoroso hombre de acción. Su escuela irradia aún su influencia hasta nuestros días por los elementos combativos que posee y por el espíritu de clarividencia que persiste en su filosofía mezclada con una de las críticas más aceradas que conoce la lengua castellana.

Viviendo en el nuevo ambiente cuyos vastos horizontes divisaba con tanta certeza, pertenece al número de los más francos expositores de su época. Reformista amplio, sabe, no obstante, amoldar con justeza la reforma y sus cánones al escenario recién inaugurado; y hasta en el idioma hizo labor de moderada adaptación.

Muchas de sus ideas — que hoy se predican — están aún por ejecutarse o están insuficientemente ejecutadas.

El problema de la población que planteó a maravilla como "la ley capital y sumaria", "ley de civilización que se realiza por la acción tranquila de la Europa y del mundo externo", es todavía nuestra cuestión palpitante. Su aforismo celebrado, "poblar es gobernar", aún mal interpretado, fué insuperable programa de gobierno. "El ministro de Estado que no duplica el censo de estos pueblos cada cuatro años, es inepto y no merece una mirada del país." De tal forma tiene arraigada su convicción sobre la capacidad de la inmigración como medio de progreso y de cultura para la América del Sud.

Es admirable su dialéctica y el poder de su análisis que la Argentina convirtió gloriosamente en hechos.

El derecho constitucional de casi todos los Estados de América nos es transmitido en su verdadero carácter, y bajo su noble examen aparecen bien de manifiesto la prevención y la reserva que guardan los recién liberados hacia el antiguo amo.

Su estudio sobre las Constituciones americanas revela una potencia de observación y una perspicacia no comunes, no embargante su sobriedad de pocas pero fuertes pinceladas.

Tiene sobre la aplicación del Derecho y de la Ley frases lapidarias que son siempre oportunas. No podría decirse, sin embargo, que llevan consigo el vicio de lo sentencioso y de la petulancia, porque responden a la influencia de una escuela sabia, la influencia inglesa y norteamericana.

Su estilo maneja el tallado más difícil de ejecutar, el de justas proporciones, aquel en que predomina el oro de la idea. A pesar de su colorido, carecía del carácter teatral y redundante del escritor español. Un poco más adornado que estuviera, y ya sería defectuoso. Fué suficiente, y no exento de elegancia, como para expresar el pensamiento que agitaba el nuevo mundo.

Abogado práctico y científico, desmiente con su musculatura atlética de propagandista la fama de estériles de los profesionales.

Con "Facundo" de Sarmiento y "El dogma socialista" de Echeverría, "Las Bases" forman los libros matrices o las plataformas de la Sociología Argentina que puede decirse por extensión, sociología sudamericana.

Armoniza con Sarmiento en los principios básicos de la reconstitución nacional, y con Rivadavia en el afán cultural. Hermano gemelo del ilustre unitario — por su carácter europeizado — disiente con él en cuanto a la aplicación de los medios. Espectador del gran incendio interno, sabe reaccionar oportunamente para gloria de su país. Fué, tal vez, un inspirador de Sarmiento con ser éste quien fué. En "Conflicto y Armonías de las Razas", otra obra matriz, se han llenado

páginas que aquel dejara en blanco y que se presentían en "Las Bases", eje supremo de la cultura y educación de las nuevas Sociedades.

Con Sarmiento fué hombre-faro, e iluminaron el continente. Dieron a conocer la América, su pensamiento, su literatura y su civilización. Fueron leales y por eso grandes. En la gran fragua en formación, fueron artífices y no se excedieron en misiones inútiles y de ornato. Supieron hablar a los pueblos y acertaron con la mina Desbastaron a porfía.

Sarmiento, más majestuoso, más osado, hizo obra más difusa. Alberdi, poseído más del espíritu práctico y mercantil, la hizo más concreta. Ambos ascendieron para un mismo fin, y ambos demolieron con piquetas vigorosas, extremando sus ataques contra la ex Metrópoli. La filosofía de la historia que emerge de sus escritos es el producto de la ebullición de su tiempo. Ellos mismos rectificaron sus vistas, pero parcialmente, pues su fondo de verdad permanece inalterable.

Sus psicologías, radicalmente distintas, armonizaron para la total armonía. Contribuyeron a crear una Argentina llena de fortalezas y de culturas, encontrándose por caminos diversos al final de la jornada; pero también se condujeron con generosidad para con la América que los contemplaba como a unos Maestros anunciadores de fecundidades para las renovaciones.

Así como los tiempos heroicos producen fertilmente a los hombres guerreros que parecen enviados para ejercer su misión, así el período de formación de los pueblos hace brotar a los pensadores que vienen a crear y a perfeccionar como poseídos de un espíritu profético.

Alberdi y Sarmiento son de este número. Hacedores y organizadores, verdaderos intérpretes y sostenedores de la libertad, la confirman y la culminan en la realidad, al revés de aquellos otros que después de haber combatido por ella y contribuído a forjarla, la deshacen en sus mismos fundamentos.

Los homenajes rendidos a sus memorias no son, pues, usurpados ni excesivos. Fueron conquistados con blasones de merecimientos. El derecho civil desnacionalizado, que es la gloria más pura de la legislación de América y de más trascendencia que su misma reforma política, les cuenta entre sus panegiristas más estimados.

Sus monumentos — levantados y a levantarse — pertenecen también a la América que comparte sus éxitos con el aplauso desinteresado que a manos llenas suele prodigar, en cumplimiento de su alta misión política y jurídica.

ATILIO C. BRIGNOLE.

Colonia.

COMENTARIOS DEL JARDÍN

Hay en este jardín — que mis manos cultivan
sin cesar, afanadas de verlo florecer,
—algo así como el ansia en que mis ansias privan:
un anhelo que al mío se quiere parecer.

Es su tierra labrada, olorosa y mullida
una nota serena de trabajo y de bien;
.. y es empeño, y es ansia. ansia no reprimida
de abrir el alma a todos los aires del Edén.

Este jardín que dice todas las estaciones
la fiesta de mis manos, la paz de mi deseos,
avalora los ritmos de calladas canciones
que mi amada interpreta en claros silabeos ..

MARGARITA.

Disco de oro enmarcado entre rayos de plata;
cuando Amor en el pecho de las novias anida,
la margarita oficia de pitonisa grata...
y en juegos malabares triunfa siempre la Vida...

JAZMINES.

Afiebran el ambiente fragancias orientales;
intensas y lascivas llegan hondo las unas,

anestesian las otras con perfumes letales...
¡los jazmines del Cabo, los jazmines Fortuna!

Se alcoholiza el ambiente en un vaho de aromas
suaves y delicados como piel de mujeres...
los jazmines estrella — unos de nuestras lomas,
tropicales los otros — insinúan placeres.

VIOLETAS.

Imperceptibles, casi; temerosas, acaso;
como luces fugaces en los mundos hundidas,
las violetas se duermen en el blando regazo
de las hojas que medran en dos líneas tendidas.

DALIAS-CACTUS.

Sienten las dalias-cactus — multiformes y varias
—veleidad enfermiza de forma y de color:
sus corolas adoptan poses e indumentarias
de elegancia suprema... ¡París, *voilá*, una flor!

CLAVELES.

Hay un copo de nieve y una brasa de fuego,
un clavel muy granate y un clavel *malmaison*...
Primavera reanuda en el jardín el juego...
Un grillo encelado maneja el diapasón.

NARCISO.

La pequeñez de niño justifica la historia
ingenua del narciso: Careciendo de espejos,
un joven hermosísimo contemplaba la gloria
de su cuerpo armonioso en los claros reflejos

de las aguas tranquilas; persiguióse a sí mismo
vanamente. En el seno de las aguas tranquilas
se operó un gran misterio, y salió a flor de abismo
esa flor que nos habla por sus grandes pupilas.

CRISANTEMOS.

El otoño propicia lluvias de crisantemos.
Esta flor suave y grave me recuerda, en abril,
una historia muy triste y unos sueños supremos:
me recuerda la historia de *Madame Butterfly*.

CLEMÁTIDES.

Con las alas abiertas asemejan sus flores
tenues avispas blancas que rompen a volar;
el verde de las hojas, zarcillos y primores
es verde con sordina . raro, particular.

LA ROSA.

Es la flor de la Vida. Una lección viviente
renueva cada rosa. ¿Recordáis? "Por el mal
teme el placer"...
Mis manos que han creado este [ambiente
¡también se han espinado en este rosedal!

...Y crecen, y prosperan otras plantas y flores
en mi florèsta íntima· Omar, Quique, Fan-Fan...
alientos que yo aliento con mis fuerzas mejores
reconcentrado en uno como imposible afán.

BLAS S. GENOVESE.

1920.

PENSAMIENTOS

Si penetráramos en las *tenebrosidades* de tantas almas de miserables, y en ellas pudiéramos borrar los caracteres que forman la palabra *necesidad*, acaso con infinita sorpresa viéramos que éstos son tan inmensos, tan negros y opacos, que sólo ellos son los que nos impiden ver el esplendoroso nimbo de luz, que bien allá en su fondo la ilumina.

Si después de sufrir mucho, mucho, no nos sentimos buenos, es quizás, porque somos débiles; pero si después de haber hecho sufrir mucho, no nos sentimos buenos, es porque no tenemos nada en *ninguna* parte.

¿Habéis podido pensar en algo de una angustia, de una desolación más infinita, que el tener un alma a vuestro lado y sentir la vuestra en otra parte, sola, o en ninguna parte?

Así como los elementos destructores de la naturaleza, dominados por fuerzas contrarias y guiados por la inteligencia del hombre, prestan utilidades inmensas a la humanidad, así en ciertos momentos y en circunstancias muy especiales, las tendencias perversas de un individuo pueden, guiadas por el hábil tacto de

hombres de talento — sin que esto implique desdoro para ellos — proporcionar más beneficios a la sociedad, que el esfuerzo unido de muchos espíritus nobles.

Algo hay infinitamente más triste que el dolor mismo: no tener ya corazón para experimentarlo.

Cuando los grandes hombres de ciencia nos confían sus pensamientos, es para revelarnos un mundo; cuando nos dicen sus pensamientos los poetas, es para envolvernos en un astro.

El cerebro de un poeta es el sol que sale el día que comienza y transcurre; la obra que nos deja, su esplendencia. Envolvámonos en el voluptuoso baño de luz en que hunde a la Naturaleza toda, el astro, Rey del día. Su alma es el sol que se pone, que ilumina otros países, en tanto que la noche comienza aquí. dejémosla dormir; sueña; respetemos en adoración sus misterios.

De los sueños de amor, los más bellos, los que nos han hecho vivir horas ni siquiera presentidas si no fueran vividas—horas de suavísimos deliquios, — éxtasis inefables de inenarrables dichas, — son aquellos que pudiendo ser realizables, jamás se realizan.

La mujer, casi nunca ama según el corazón que tiene, sino según el que recibe.

El deseo que sintiéramos de que nuestros padres

fuesen siempre mejores que nosotros mismos, encerraría el más sublime de los sentimientos, si no encerrara también el más grande de los egoísmos.

Poder bendecir, amar, venerarte imitar a nuestros padres en todas sus horas, en todas sus circunstancias, en todos sus actos· he aquí la felicidad suprema del hijo óptimo y amantísimo.

Dejará de ser una utopía el más grande, el más noble de los sueños desde un punto de vista y el más mezquino desde otro: la igualdad social, el día que se construyan corazones y cerebros, como se fabrican piernas y brazos artificiales.

Mientras exista la nobleza del talento y del corazón, habrá líneas divisorias en la sociedad.

Si el callar una noble idea a veces implica cobardía; en cierto ambiente, también, muchas veces es el más grande y tácito culto que se rinde a la belleza, a la bondad; hay ciertos sentimientos que sólo en el sagrario de nuestras almas no sufren profanación.

Yo creo que el mérito mayor de una criatura no está *en ser* más o menos perfecto, más o menos bello, sino que está en *el empeño que nos tomamos* para ser cada día más bellos, más perfectos.

Hay muchas flores exquisitas que *los privilegiados* brindan con galante *generosidad* a todos sus semejantes, y que analizadas prolijamente las substancias que las componen, se llega a comprobar (¡oh dolorosa sorpresa!) que sólo están elaboradas con la sangre que lenta, cruel y tácitamente, se escurre de las venas de los otros semejantes.

Ciertas almas son a su cuerpo como el lazarillo al ciego: acompañan a su vida, pero no viven su vida.

El triunfo que se obtiene costando algún remordimiento — por más pequeño que sea — siempre es más vergonzoso que la derrota que se inflige para obtenerlo.

Una hora empleada en la murmuración, son muchas horas robadas a la cultura del espíritu.

¿Qué es el capital?—El producto del trabajo.—¿Qué es el trabajo?—El hijo del capital.—¡Dios mío! ¿Por qué, entonces, ese odio, esa guerra eterna entre el obrero y el capitalista, si en ella no se desgarra más que un bien moral, y un bien material común a ambos: el bienestar y los vínculos de la familia humana?

El consuelo más grande, para nuestros grandes y viejos dolores, es un nuevo dolor.

Aun cuando desde cierto punto de vista parece que van separados el hombre-idea y el hombre-brazo, moralmente caminan tan estrechamente unidos hacia el

mismo fin, que si la inteligencia es potente antorcha que ilumina con fulgores esplendentes, el camino que ha de seguir la humanidad hacia la conquista de la más grande civilización, el trabajo, es el gran artista que ha construído ese maravilloso camino, imposible de ser transitado, si la luz de la ciencia no hace visibles los obstáculos y las fuerzas que el hombre ha de salvar o aprovechar, para marchar siempre adelante, en busca de nuevos y más vastos horizontes, más inútil de ser iluminado, si el peregrino incansable del trabajo no estampa allí la huella santa y fecunda de su planta.

Cuando ya nada de las bellezas del mundo llegue a vuestra alma, tratad de poner mucho de la belleza de vuestra alma a las cosas del mundo y aún podréis ser relativamente felices

---

Si los momentos de sufrimiento son mucho más largos que los de felicidad, nos vemos compensados en que, siendo tan pesada la carga del dolor, un día, un momento de felicidad, fluctúa tan puro, tan radiante sobre un pasado de martirio, que, hundiéndolo allá muy en el fondo de nuestros recuerdos, ni un dejo de amargura sube a mezclarse a ese presente venturoso; no bastando, en cambio, toda una vida de dolor, para borrar el recuerdo de un solo momento de dicha que hayamos gozado en nuestra existencia, pues que siendo tan diáfanas, tan ligeras, tan luminosas las imágenes que de ella guardamos, emergerán siempre desde el fondo oscuro de la negra noche del dolor — para vivir eternamente en nuestros recuerdos — como astro que esplende más brillante después de pavorosa tormenta.

La belleza — para los creyentes — es la gran rúbrica de Dios puesta sobre todas sus criaturas; para los ateos la rúbrica de la Gran Incógnita.

Dios no ha hecho unas cosas menos bellas que otras: en unas les pone *más* luz para que *las podamos* ver mejor, y en otras le pone luz *de modo que con esa* luz podamos ver mejor; estas últimas cosas son las que nos parecen feas.

—¡Qué horrible gusano! lo aplastaré. — No lo toques; yo he visto el comienzo de su vida; he visto la mansión de la cual salió para emprender su ruta — ¿. . . . .? — Es un pedazo de carne humana con vida propia. . ¡Viene de la tumba de tu madre!

Ayer, en una hora que había mucha sombra en la vida que me rodeaba, y mucha luz en mi alma, contemplé una flor; en la flor distinguí un alma; y en mi alma ahora hay una flor.

Amo el día porque tiene luz; porque tiene luz me encanta y anima; mas, amo la noche también; no me desalienta porque tiene tinieblas: debajo el ala que cobija al polluelo hay sombra, y la sombra es dulce y protectoramente tibia. Amo la sombra, también, porque el límite de una sombra es el comienzo de una aurora. Donde hay sombra y luz, hay ósculos; todo lazo de unión se simboliza con un beso fraterno. Una noche de nuestra alma puede encender una aurora en otra alma.

Los subrayados o letras bastardillas de un escrito son las *letras* de la primera cartilla del lenguaje puramente del espíritu, que comenzamos a deletrear ahora, para el aprendizaje de una nueva lengua, en una nueva vida, en que otros serán los sentidos perceptores y acumuladores de las impresiones.

MARÍA SACCONE.

Fray Bentos.

FLORES DE CEIBO

Alcides Milans fué un malogrado poeta salteño a quien la vida trató con demasiada crueldad.

Manos piadosas y paternales acaban de recoger, en un volumen titulado «Los Astros de un Ensueño», — su labor dispersa y sus cuadernos inéditos

En homenaje al poeta, PEGASO se complace *en publicar la siguiente composición, tal vez* la de mayor fuerza lírica del libro.

Voy hacia ti. De los viejos
Recuerdos llevo la herida
Como un sol que da la vida
Siempre cerca, siempre lejos;
Sin embargo, sus reflejos
Al chocar en mi pasión
Parecen decir que son
A tu espíritu verdugo
El alma de Víctor Hugo
Llorando en mi corazón!

Y a pesar de lo que sé
Como esclavo de mis penas
Beso siempre tus cadenas
Sin saber cómo y por qué:
A veces, cuando mi fe
Se estrella contra tu amor,
Como estrella y como flor

Que presagian dos abismos
Se emborrachan mis lirismos
Para soñarte mejor!

Y ebrios del placer que halaga
Al ver que olvidan su herida
La realidad de la vida
Todos sus sueños apaga;
Mas no hay nada que deshaga
Su obstinación hacia atrás,
Hacia delante, — jamás,—
Detienen su marcha loca
Y en la puerta de tu boca
Piden una copa más!

En tu boca,—¡la taberna
De mi ensoñación gigante!—
El borracho tambaleante
Y sumiso, se prosterna;
Pero la puerta es eterna
Y en el umbral como un muerto
Cae el hombre, frío, yerto,
Con el alma desgarrada.
¡La puerta siempre cerrada
Y el ensueño siempre abierto!

Y no obstante el hondo anhelo
De tu desdén soberano
Tengo una estrella en la mano
Para arrojarla a tu cielo,
Y en el inmenso desvelo
De mi más hondo delirio
El corazón será un lirio
Para tu ramo de Harmodio
Y en los pétalos de tu odio
Te escribiré mi martirio!

Para que así no te asombre,
Del ramo de tu floresta
El perfume sea protesta
Y la protesta mi nombre:
Para que así sepa el hombre
Que llegue feliz a ti
Que hay un alma viva allí
Donde tu labio provoca
Y que al besar en tu boca
Me besa también a mí!

Porque en el tremendo hervor
De tu desprecio tremendo
Yo soy espuma creciendo
En el río de tu amor;
Porque mi espíritu,—flor
Enferma de lo maldito,—
No ha demarcado circuito
Y si no acaba ni empieza
¡Es muy chica tu grandeza
Para todo mi infinito!

Y sin embargo, no hay juez
Que castigue este delito
De hallar chico el infinito
Y enorme, tu pequeñez:
Mas no importa, toda vez
Que tu desprecio me alcanza
Yo lo vuelco en la balanza
Triste y negra del destino
¡Y voy regando el camino
Con gotas de mi esperanza!

ALCIDES MILANÉS.

Glosas del mes

EL ANIMAL FABULOSO

La trivialidad de la crónica policial suele interrumpirse demasiado frecuentemente con alguno de esos sucesos en los que dos sujetos esgrimen los revólvers al más leve gesto de su altivez herida. Con demasiada frecuencia, también, suele quedar alguno de ellos muerto: entonces por unos días se entona un coro de diatribas al feo vicio de la portación de armas; nuestra sociedad se agobia con reflexiones de sincero dolor; y luego, vuelve a hojear con frivolidad el periódico donde pocos días demora en registrarse un caso igual.

No es un fenómeno local, ni propio solamente de quienes vivimos a orillas del ancho río; allá, más lejos, dentro de nuestra América, eso de armarse inútilmente sirvió para una página de la pluma cáustica de Rafael Barrett, quien diagnosticara el caso como "pusilanimidad temeraria"; pero esto fué una solución de buen sentido que propusiera aquel hombre incomparable. Hay que buscar de otra manera la causa del vicio triste.

***

Como el catoblepas fabuloso que aullaba del dolor que sentía al morderse sus extremidades, nuestra so-

ciedad llora dolores que ella misma se prepara. Queremos decir así, que en nuestra civilización ansiosa, en la urgente adaptación de nuestro vivir al de las sociedades afinadas en el curso de muchas centurias,—por imitar cosas más relumbrantes y fascinadoras — descuidamos precavernos contra las recrudescencias del espíritu agresivo de nuestros antepasados lejanísimos; que desde entonces, sin duda, nos viene esa codicia de la vida del prójimo.

No nos referimos al indio, cuya figura mezquina es una de las columnas de nuestra raza, ni al conquistador; referimos al antropoide, al más seguro antepasado, que no debió ser tan herbívoro como se cuenta; y al cual, su disposición para la alimentación carnívora debió crearle un espíritu combativo, de cazador feroz. Así decía Stanley Hall de ellos: "... pulularon porque vencieron: la rarefacción de las otras especies alrededor de la horda humana prueba su poder de destrucción".

Pues bien: de aquel espíritu combativo nos viene a través de las edades ese impulso aniquilador; nuestros furores, nuestras arrebatadas cóleras, tristemente peligrosas, son todavía las del hombre antidiluviano; y es innegable que nuestro avance progresista no consigue dominar su imperio.

(Apenas hemos avanzado para despreciar esta admirable disposición del pulgar, separado de los otros dedos en tan favorable modo para estrangular; a nuestro progreso bastan leves gestos del índice para lograr el efecto destructor).

***

Esas furias regresivas son más frecuentes o más visibles en el tipo social llamado el "compadre"; pero, fuerza es confesar que el "compadre" no es producto exclusivo de las clases urbanas ineducadas, ni tampo-

co del ambiente rural; suele nacer pisando alfombras y vivir entre sedas en las casas lujosas de la capital. Luego no es mal de clases, es mal social y porque no se le da remedio es que comparábamos nuestra sociedad al animal fabuloso de que nos habla Plinio el Viejo, pues se causa ella misma los dolores que llora.

Sí: nuestra sociedad se prepara esos dolores, cuidando en sus niños la inteligencia y no tanto el corazón Nuestra sociedad se esmera trasplantando a sus escuelas las enseñanzas más famosas y criando sus hijos por los más sabios métodos; pero descuida mucho el cultivo de sus sentimientos; no repara en que la pequeñez del corazón infantil no es óbice para contener las más variadas pasiones, entre las cuales puedan haber fermentos bárbaros, de cuyo encauce y modificación ha de esperarse la nobleza del hombre que los lleva en sí.

País el nuestro, donde los padres cuidan solamente de hacer los hijos y de mantenerlos, compete a las madres todo el gobierno de sus vidas; y esto equivale a pedir imposibles a la debilidad de su ternura y a la carencia de una eficaz preparación previa.

El niño se confía a la escuela, para tranquilidad de la casa, al principio, luego para su instrucción; y nuestras maestras de escuelas ¡ay! son abnegadas, pero no son lo que pudieran ser. Luego el adolescente usa de la libertad a su arbitrio, y vive moralmente abandonado a los malos estímulos, cuya eficacia suele ser más activa que la de los buenos; abandonado al trato de gentes indignas, o a la acción negativa de una instrucción retórica y vacua; o a las mujeres fáciles, cuyos peligros jamás se les enseña a evitar; abandonado a los malos estímulos por no saber sus padres templarle el corazón, operándose una deformación de las genuinas circunstancias espirituales, quedando libre el campo a las

invasiones ancestrales que triunfan de nuestra civilización.

***

No ha de coartarse el albedrío humano arrebatando a los caracteres infantiles su seductora forma nativa, ni a los jóvenes su tan cara libertad, imponiéndoles normas preestablecidas, cuyo efecto negativo seríamos los primeros en rechazar. Pero han de criarse los niños venciendo sus furores naturales y sus hereditarios apetitos destructivos y toda la cohorte de bajas pasiones que sea posible imaginar: ha de criárseles inculcándoles que el "amaos los uños a los otros" no es, exactamente, sino la fórmula condensada de una complexidad de perfeccionamientos del vivir social. Mas para anticiparnos al mote de reaccionarios emplearemos otra fórmula y no la cristiana: ha de criárseles dentro de un concepto de solidaridad por el cual practiquen y comprendan que el bien propio es cosa íntimamente ligada al bien ajeno.

De este modo sus pasiones quedarán contenidas dentro de nobles términos y las rebeldías ancestrales se amortiguarán. Los sentimientos adquirirán esa delicadeza, flor de civilización, por donde se alcanza a realizar aquella fórmula inglesa "los niños educados para caballeros y las niñas para madres".

Y entre caballeros no aparecerá aquel impulso aniquilador que a través de los tiempos nos viene del hombre primitivo; no se sentirá codicia de la vida del prójimo.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS

Cumpliendo nuestros deseos y nuestras promesas Pegaso aumenta sus páginas desde este número, con el que entramos en el tercer año de su existencia.

Voces amables y manos amigas han respondido de casi toda la República a nuestra invitación de colaborar en la obra de Pegaso, que quiere ser, como ya lo dijimos, la expresión de un momento en la vida intelectual del país.

En todas las capitales departamentales, y con marcado entusiasmo en Durazno, Minas, Florida, Salto y Rivera, se han abierto extensas listas de suscripción, a la vez que se disponen las gentes de letras, y en particular los jóvenes, a demandarnos un lugar de preferencia en nuestras páginas.

Complacidos quedamos al éxito de nuestra iniciativa y a la gestión decidida de nuestros representantes, a quienes deberemos, sin duda alguna, el refuerzo optimista que impulsa en estos días las alas entusiastas de nuestro Pegaso.

Los intelectuales del interior, los directores de los liceos departamentales, la prensa y el magisterio nacional nos han ofrecido, en el breve plazo de este último mes, en que nos decidimos a ampliar los horizontes de nuestra revista, innumerables demostraciones de alto aprecio y positivo concurso.

Vengan, pues, en buena hora, todos los espíritus selectos, que en su gratísima compañía Pegaso alienta

sus mejores esperanzas y estremece de potencia lírica sus vuelos inquietos y anhelosos de dar a la República una expresión total de su fuerza púgil, que en el propio concepto, y ante el concepto ajeno, sea un valor efectivo, una demostración real, una virtud corporizada y palpable.

Comprobando tales afirmaciones hacemos notar a nuestros lectores la colaboración de la señorita María Saccone, desconocida hasta ahora en el mundo de nuestras letras, así como en el número anterior ofrecimos señalados versos de la señorita Layly Daverio y del joven Enrique Amorín, los que acaban de iniciarse, — con justo orgullo para nosotros, — en las páginas de Pegaso.

Renovamos a todos nuestra invitación y nuestro reconocimiento, seguros del mérito y del entusiasmo con que todas esas voces fraternales nos llevarán al éxito definitivo.

Bibliográficas

Florencio Sánchez—Su vida y su obra, por Roberto F. Giusti. — Editorial Justicia. Buenos Aires.

Libro de historia y de crítica al mismo tiempo, escrito con esa honradez y ese espíritu de justicia que anima la simpática personalidad del autor.

Giusti confiesa lo difícil que es desentrañar la verdad en lo que a la vida de Florencio Sánchez se refiere, porque ha florecido tal fárrago de leyendas, anécdotas y extravagancias a su alrededor, que—a pesar de la proximidad de su deceso—hacen casi imposible la tarea del biógrafo.

No obstante la minuciosa disección a que ha sido sometido, nada pierde la notable figura del autor de "Los Muertos": queda siempre como uno de los hombres más originales y sinceramente bohemios que hayan existido en nuestro medio.

La vida de Florencio Sánchez semeja una corriente tumultuosa y desordenada, absolutamente segura de su fuerza, que va cambiando como un río de panoramas a cada instante. Una cosa, sin embargo, queda fija e inseparable de su destino: la miseria.

Se ha culpado de este hecho a las repúblicas del Plata. Giusti, con toda la razón del mundo a nuestro juicio y compartiendo el criterio sostenido por De Vedia, se levanta contra esta afirmación, tachándola de injusta. Y así es, realmente. No puede decirse de Sánchez que haya sido un incomprendido, a la manera de Herrera y Reissig, pongo por caso. Difícilmente a autor alguno se le abrieron más fácilmente los caminos del éxito; nadie fué como él, mimado por el público, ni exaltado por la crítica. A pesar de sus tendencias revolucionarias y su acratismo, la burguesía, el capital y la aristocracia le aplaudieron rabiosamente.

No puede hablarse, pues, de indiferencia ni abandono; muy al contrario, puede afirmarse que si Sánchez hubiera unido a su extraordinario talento dramático una pequeña gota de espíritu práctico, hubiera sido un triunfador en todos los órdenes de la vida. Se nos objetará, por algún rezagado de Murguer, que es mejor haya sido así, porque se conservará más pura su silueta artística, habiendo vivido hasta la muerte fiel a su bohemia. Por nuestra parte, confesamos que hubiéramos preferido una vida más reflexiva, más sensata, más vulgar, pero que hubiera podido cumplir todo su destino. Así, a estas horas, es posible que el teatro Rioplatense pudiera ostentar una de las más altas figuras contemporáneas.

Porque no obstante el enorme valor del patrimonio que nos legara, es indudable que se puede hablar de obra susceptible de muchas perfecciones y de talento malogrado. Las tempestades de aplausos que provocaba siempre cualquiera de sus obras—porque Sánchez tenía tal poder sobre el público y la crítica, que cada drama estrenado era considerado como superior a los demás,—impidió tal vez, analizarlos fríamente y es natural que ahora los ojos del exégeta hallen sombras y deficiencias que se disimularon o no fueron percibidas.

Pero, a su vez, concluye Giusti, con muy buen acierto, recordando la rapidez creadora de Sánchez, cuando se piensa "que su obra entera suma un total de 35 o 40 días de labor efectiva, todo lo que puede ser argumento de censura se convierte en motivo de asombro y esperanza".

Sánchez murió en Milán, a los 35 años, dejando 20 obras, algunas de las cuales pueden figurar al lado de las mejores del moderno arte dramático. Cruzó por nuestra escena como un revolucionario, abriendo nuevas perspectivas, señalando rutas inexploradas, oxigenando un ambiente enrarecido por la falsedad y el extranjerismo. Pensando esto, se siente la profunda verdad con que el autor habla de asombro y esperanza y el hondo dolor también con que lamenta las magníficas promesas que auguraba Florencio Sánchez y que la muerte sólo impidió cumplir.—**J. M. D.**

—

Las estaciones, por Antonio Loynaz. Caracas, 1919.

El poeta venezolano Antonio Loynaz ha publicado un pequeño volumen de versos, bajo el acápite: "Las estaciones", que nos envía gentilmente, desde Nueva York. En conjunto, el libro referenciado ofrece algunas deficiencias que podríamos particularizarlas en la falta de selección en el léxico, poco pulimento de la estrofa, carencia de originalidad en los motivos de muchas de las composiciones que lo integran. No obstante estas limitaciones del acervo lírico del poeta, debemos destacar varias composiciones que, en compensación y por sus méritos intrínsecos, dan al volumen comentado una noble significación espiritual. Creemos que basta sólo una composición, en la que el poeta nos ofrezca su emoción o su recogimiento interior, para que no se malogre del todo su cosecha lírica. Es el caso de este poeta; tres o cuatro poesías que son las intituladas: "Nihil", "Tedio", "Cromo", "La Aldea", "La Fiesta", evidéncianos la capacidad emotiva y descriptiva (estas últi-

mas son de índole esencialmente descripcionista) que pone Antonio Loynaz.

Predomina en el libro la nota amorosa, que a veces se torna elegíaca a la manera grata de los románticos En algunas composiciones la influencia de Nervo descúbrese con claridad, tras las rimas con que el poeta canta con conmovido acento a Kempis o comenta asuntos místicos...—W. P.

Pasar...—Novela de Mateo Magariños Solsona. — Maximino García, editor.—Montevideo, 1920.

Es aventurado y, sobre todo, resulta antipático, afirmar: "Este es el mejor libro de tal o cual índole que ha florecido en el país". Tal consideración traba un poco nuestra pluma iniciando el comentario del volumen de Magariños Solsona, quien cultivó antaño, con no poca fortuna, el difícil género que hizo famoso a Daudet. Hemos citado al autor de "El Nabak" y es con este príncipe de las letras francesas con quien tiene vinculación literaria nuestro compatriota. Menos dulce, más descreído, no ha de verse un parentesco directo. Por otra parte, desde que apareció aquel discutido libro que llevaba por título "Las hermanas Fammarion", hasta que surge "Pasar...", ha transcurrido buena cuenta de años. Durante ese largo lapso, el escepticismo de Magariños Solsona se ha hecho más amplio y las influencias naturalistas se han atenuado.

"Pasar..." llega a parecernos un libro personalísimo, bien que se presienta en él la clase de literatura que ha merecido en otra época las preferencias del autor. Nos hallamos con una novela uruguaya, que tiene un lindo balconaje sobre el espectáculo multánime y cambiante del bulevar parisién. Pertenece al género psicológico, pero no desdeña el autor las pinturas de ambiente, con lo que se logra intenso colorido regional. Hay cuadros que son un dechado de frescura, compuestos con un tacto pictórico perfecto.

En general, las figuras, trazadas con pocos rasgos, cobran relieve. No son los rasgos físicos de sus personajes los que a Magariños Solsona más le interesa fijar. Al contrario, dijérase que le gusta envolverlos en esa vaguedad que tienen los lienzos de Carrière, con lo que nosotros acentuamos luego las líneas a completo capricho. Pero las almas sí, las almas surgen con rotundez. Y porque llegamos a conocerlas, es por lo que luego, a medida que "pasan" por la vida, nos contagian sus sufrimientos.

Si ésta no fuera la mejor novela uruguaya, habremos de reconocer que es la compuesta con una mayor dosis de sentido crítico o, por lo menos, con una más acentuada ponderación. Se ve que fué escrita sin esfuerzo, tras una sagaz compulsa de la vida y, más que inventar, Magariños lo que hace es ir tramando episodios que ha oído o visto. Se adivina que, en algunos, acaso fué principal personaje. Claro el estilo, sin afectaciones, ni reventamientos luminosos. El autor es como esos tenores veteranos, que cantan a media voz. No prodigan las estupefacciones notas agudas, pero, en cambio, conjuran el riesgo de las estridencias, de las discordancias, de los gallos. Se ha dicho que hay algún detalle de melodrama en el argumento. Pero, ¿es que el melodrama no se ve todos los días, donde quiera que el espectador tienda la vista? Ademas, de melodrama y folletín está contagiada casi toda la literatura novelesca de nuestros días.

Magariños Solsona es, aquí en nuestro medio, un espíritu de selección, cosa que acredita bien su última novela, esta novela que nos ha impresionado fuertemente, hasta el punto de originarnos una momentánea depresión espiritual. Al final, el protagonista, que fué un espíritu comprensivo, tolerante y tímido, sigue reteniendo las tierras de aquel "Oasis" que los hombres a los cuales él ayudó transformaron en un infierno, pero pierde lo que vale más: sus ilusiones, los mejores amigos, el cariño de aquella Jacqueline que arrancara un día a la voracidad del "maldito París". Tan posible, tan lógicamente cruel todo, que los dolores del protagonista, por una hora, llegan a ser nuestros dolores. Y en esto se acusa el gran mérito de "Pasar..."—V. A. S.

Valores literarios de Costa Rica, por Rogelio Sotela, 1920.—San José de Costa Rica.

Como la advertencia preliminar establece las intenciones del autor, entramos al libro generosamente dispuestos.

Pero no por ello solamente estimamos importante la ofrenda que el señor Sotela hace a la juventud de su país. El libro vale de veras por las juiciosas semblanzas de los autores presentados, escritas con amplio criterio y con una inteligencia preparada por abundantes lecturas que se desgranan en reflexiones muy oportunas y loables.

Sobre el acierto en la selección de los trozos con que justifica sus elogios, no podemos pronunciarnos. Ignoramos demasiado la obra allí referida para opinar lealmente; y esa nuestra ignorancia nos pone la amargura de pensar en que, siendo hijos del mismo continente y hablando la misma lengua, apenas nos conocemos.

Pobre reflexión, de trivialidad inobjetable; a pesar de ello encierra un vasto programa para los delirios de solidaridad continental que solemos padecer.

Mientras vienen las épocas soñadas, saludemos la tierra que cuenta hijo de tanto mérito como en ese libro prueba serlo el señor Sotela.—E. S.

La fuerzas eternas. — Poesías por Enrique Casaravilla Lemos.—Montevideo.

Es indudable que en poesía existen también las dimensiones del espacio, altura, extensión, profundidad.

Hay poetas que andan siempre por encima de la superficie como los pájaros; los hay realistas que gritan y miran y gesticulan como los hombres; y hay los que andan continuamente rastreando en la profundidad del alma, graves, hondos, suboceánicos.

Naturalmente, no hemos dicho todo esto con el petulante propósito de señalar a cuál de estos grupos corresponde el cetro imperial del arte poético. La poesía, por fortuna, no es *cosa monopolizable por* nadie ni por nada y estamos lejos de haber caído en la desgraciada esclavitud de quienes, jactándose de ser libres y modernos, viven, en realidad, tiranizados por una tendencia.

Gracias a Dios tenemos unos ojos tan fáciles de ser fascinados como difíciles para encandilarse.

Por regla general, el poeta durante su juventud tiende a la ascensión, en la edad madura a la superficie, y en la vejez a la profundidad. Casaravilla Lemos parece empezar por donde la mayor parte terminan. La eternidad, la muerte, Dios, tales son los *problemas* que golpean tenazmente contra el muro de esta frente noble y joven. Porque, no obstante el poema en celebración de la primavera donde se ve a las viñas alzar un himno verde a la vida, y algunos otros cantos aislados, es indudable que el pilar básico alrededor del cual giran casi todas las inquietudes del poeta, está profundamente imantado por lo desconocido, enorme sombra en la que a veces cree vislumbrar la *piedra donde podrá* alzar la vivienda de la confianza definitiva y a veces se le presenta impenetrable como un misterio feroz.

La duda y la fe escoltan como dos inseparables hermanas el peregrinaje de esta alma que, pasando de los brazos de la una a los de la otra, nos va brindando sus inquietudes filosóficas y estéticas en versos que sugestionan por la profundidad del pensamiento y la nobleza de la forma, por el ajuste de la idea con el ritmo, por cierto contagio de sus nocturnos escalofríos y espasmos de la subconciencia...: *pero, en verdad, se piensa* con un poco de melancolía en ese mismo verde himno de las viñas, en el balcón de Verona y en la escala que pende inútilmente bajo el claro de luna a la espera del joven doncel a quien las esfinges de piedra han cerrado el camino del amor y de la vida.—J. M. D.